

# LA MANIFESTACION OBRERA DEL 1º DE MAYO

El domingo próximo pasado, cuando nos dirigíamos a la Plaza del Pacífico para asistir al desfile obrero, alguien nos detuvo para informarnos: "Aquello está lleno de policía montada!" Llegamos a la calle en que ya se organizaban los obreros para desfilar y en efecto confirmamos el informe, con verdadero desagrado. Como en ninguna de las anteriores ocasiones, en ésta, un gran despliegue de fuerza era la cooperación del Gobierno para la fiesta de los trabajadores. Allí la policía de tráfico en sus motocicletas que metían un ruido infernal; allí en las boca calles, pelotones de agentes del resguardo a caballo, uniformados de gris, exhibiendo al cinto pistolas y fajas de tiros; allí la policía, a caballo y a pie, con sus jefes, todos armados como para entrar en acción inmediata. ¿Por qué? ¿Contra quién? Pero allí también los obreros: con palabras, con gestos, con frases ingeniosas que hacían reír, todos se preguntaban: ¿A qué viene en esta ocasión todo este aparato militar? ¿Qué propósitos se ha supuesto que tenemos, que así nos vigilan como a contrabandistas, con el resguardo nacional? ¿Será que para mantener el orden en esta manifestación pacífica se necesita que nos muestren las pistolas y las fajas de tiros?

El desfile se organizaba: cada Sindicato con sus emblemas, sus carteles y sus asociados. Los comunistas a la cabeza del desfile, este año sin su bandera de la hoz y el martillo, porque este año el Partido no desfilaba oficialmente y no podía llevar su bandera. Precedía el desfile la bandera de España, la auténtica, la republicana. También vimos otras banderas, llevadas en triunfo por los obreros: la de México, la de Colombia, la de China. ¿Y la nacional, preguntamos, por qué no llevan los obreros la bandera nacional? ¿Es que la menosprecian? Y nos informaron: "que ellos pidieron permiso para llevarla en el desfile, pero se les contestó que hay una disposición legal que prohíbe el uso de la bandera en tales ocasiones. ¿Cosa curiosa, esta manera de fomentarle el civismo en nuestro país? ¿Impedirle al pueblo honrar a su bandera? En los Estados Unidos y en Francia, que sabemos, la bandera nacional debe ser llevada en actos como éste.

Fuimos leyendo los carteles y se nos explicó que todos habían pasado por la

reclusura del Gobernador de la provincia. Se había hecho así para evitar molestias de última hora. Nos aventuramos a preguntar: ¿pero eso no va contra la libertad de pensamiento? Y un obrero nos dijo sencillamente: "Aprovechamos la libertad que nos dan y trabajamos para ampliarla; esta es la lucha de ahora."

El desfile se puso en movimiento: a ambos lados de la calle se alineó la policía y los del resguardo a pie y a caballo; al frente de la manifestación marchaba la policía de tráfico "motorizada." Muy incómodo resultaban los caballos entre la multitud, en el desfile. A cada momento había que apartarse para no ser pisoteado por ellos, y lo que es peor, algunos se encabritaban y no se dejaban gobernar por su jinete. Todo había que soportarlo: esa era la contribución de buena voluntad del Gobierno para la fiesta de los trabajadores!

Empezaron los vivas de los manifestantes: ¡Viva la democracia! ¡Viva el Presidente Cárdenas! ¡Viva el pueblo español! ¡Viva el héroe pueblo chino! ¡Viva el General Miajal! ¡Vivan los trabajadores Unidos! ¡Viva el pueblo antifascista! Y estos vitores se corearon a lo largo del desfile con fe y con entusiasmo. Se oían entre las voces de los hombres, las de las mujeres y de los niños obreros: ¡Viva España, viva la Pasiónaria! En un cartel de grandes dimensiones se alzaba, por sobre las cabezas de la multitud, el retrato de esta admirable mujer. En otro, el del Presidente Cárdenas. Supimos que todos los carteles fueron ejecutados por los obreros, que, además, habían discutido en sus Sindicatos los textos de las leyendas, algunas de las cuales fueron rechazadas por la censura, por ejemplo ésta: "Mano fuerte de las Compañías Eléctricas."

Avanzaba la multitud hacia el Templo de la Música; en las aceras, en las ventanas, en los balcones de las casas, se apiñaba la multitud de curiosos; en muchas caras se pintaba la simpatía para los obreros; en algunas, un disgusto mal comedido; algunos curiosos, brochas sin duda, se entusiasaban con el aparatoso despliegue de fuerza del Gobierno, las personas sensatas le veían con repugnancia y comentaban: "Esto es ridículo; no parece que estamos en Costa Rica." Los obreros soportaban las inco-

modidades de tantos caballos, y aunque en su fuero interno protestaban de aquella exhibición de fuerza, injustificada, hacían por donde no dar motivo de queja, que pudiese producir disturbio.

Los obreros sabían a lo que iban y se ajustaban a las instrucciones recibidas.

Observe, me dijo un viejo obrero que portaba una banderola de su Sindicato, todos estos hombres de la policía, son trabajadores como nosotros; no les tenemos mala voluntad, ellos son mandados; yo también he sido policía y sé lo que son estas cosas." No dejaron de ocurrir provocaciones a los obreros durante el desfile, pero los obreros contestaron a ellas con ecuanimidad, conscientes de su deber, y mantuvieron su conducta disciplinada y resuelta. Se llegó por fin al Templo de la Música. Los manifestantes se compactaron en torno de este sitio. Los carteles, los emblemas de los Sindicatos y las banderas alrededor de los oradores. Cuando el cartel con la efigie del Presidente Cárdenas subió al Templo de la Música, la multitud estalló en una estruendosa ovación. Quiéranlo o no sus enemigos México, vive en el corazón del pueblo costarricense! La tarde se aclaró con un sol dorado y alegre que avivó los colores de la bandera. La multitud hizo silencio: hablaba en nombre del Sindicato de Zapateros Rodolfo Guzmán. Su discurso abordó el tema del imperialismo. Excitó la unión de los trabajadores para combatir en todas sus manifestaciones; demostró que era ilógica la posición del trabajador que combatía a las Compañías Eléctricas, pero que apoyaba a la United Fruit Co. Hizo alusión a la ceremonia de la Teja del Patriotismo, llevada a cabo la noche anterior por los Exploradores Nacionales, y pidió que esas ceremonias fueran más constructivas, que se tradujeran en verdadero civismo, el cual consiste, entre otras cosas, en defender la integridad nacional asaltada por la rapiña imperialista. Recordó que en la escuela le enseñaron una geografía patria desprovista de sentido cívico; que nunca le hicieron ver como aquellas costas del Atlántico, dan feraces, eran de una compañía extranjera que se llevaba sus riquezas, dándonos en cambio salarios de hambre, enfermos de paludismo y tierras agotadas. Dijo que el maestro debe enseñar a defender a su país; pero que, por desgracia, el maestro que ahora tal hacía era echado de la escuela por comunista. La concurrencia aplaudió entusiasta su discurso.

Habló luego el obrero representante del Sindicato de la Construcción. Con palabras sencillas, con el puño en alto, da comienzo a su discurso. "Todos los trabajadores forman una sola poderosa fuerza, malograda hoy porque no están unidos. Todos a pesar de su divergencia, tienen un problema central: el trabajo, y deben unirse para resolverlo bien de todos, que es buscarle el bien a la nación. Aludió a algunos conceptos de la Encíclica de León XIII, para demostrar cómo el problema del trabajo no puede dejar indiferente a ningún hombre que piense con mentalidad de la época. Terminó pidiendo la unión de todos los trabajadores.

En la tribuna se oyó luego la voz del representante del Sindicato de las Artes Gráficas, saludando a todos los trabajadores; en cortas frases, bien pensadas, rebosantes de entusiasmo, informó de la labor realizada por su Sindicato: luchas ganadas para conseguir alza de salarios, para impedir la destitución en masa de los trabajadores de los talleres tipográficos. Censuró a la Oficina del Trabajo, la cual tiene en su poder desde hace un año los estatutos de su Federación y aun no los ha sancionado, no obstante que esa oficina tiene un presupuesto amplio y es de pedirle mayor eficiencia. La multitud aplaude al orador; se oye una voz: "¡Que cierren la Oficina!" El orador se dirige a quien lanzó el grito, en estos términos: "Compañero Ud. no tiene razón; lo que precisa no es que se cierre esa oficina, sino que se transforme, que tenga verdadero contenido social y que se ponga a trabajar en bien de la clase trabajadora." El orador concluye pidiendo la unión de los trabajadores frente a su enemigo mundial: el fascismo.

Le toca el turno a Arnoldo Ferrero. Se le recibe con una salva de aplausos. Este es el resumen de su discurso: «vehemente, ponderado sin embargo: Celebramos la fiesta mundial de los trabajadores con el ánimo de hacer de ella una jornada cívica. En otras ocasiones nos aprovechamos esta fecha para luchar por reivindicaciones de carácter inmediato, tales como: aumento de salarios, disminución de la jornada de trabajo, casas higiénicas para obreros etc.; en este Primer día de Mayo esas reivindicaciones deben quedar en segundo plano lo inmediato, lo urgente, ha de ser la lucha para mantener y ampliar nuestra democracia. El momento es difícil, por

una serie de circunstancias nacionales e internacionales. pero nosotros no falsificamos los hechos: en Costa Rica no se han entronizado todavía los regímenes despóticos, que humillan a otros pueblos. Todavía podemos luchar dentro de los marcos legales por el mantenimiento y aplicación de nuestras instituciones, de nuestras libertades. Cuando el actual Ministro de Hacienda se enfrenta resueltamente a las Compañías Eléctricas, estamos con él, lo apoyamos; si el gobierno va por esos caminos, se encontrará con el apoyo de todos los verdaderos costarricenses y nosotros seremos los primeros. Es de lamentar que los obreros católicos no hayan querido manifestar a la par nuestra; y de todos los obreros aquí reunidos.

A los obreros católicos les decimos que siempre encontraran nuestra mano tendida para estrechar la de los trabajadores, cualesquiera que sean sus ideas religiosas. Que bajo nuestras banderas pueden militar seguros de que jamás ofenderemos su credo religioso. Todas las clases progresivas del país, obreros, intelectuales, deben unirse, compactarse dejando a un lado diferencias ideológicas, para poder así, como en España, salvar la democracia del peligro del fascismo, que es la pérdida de todas las libertades y la supresión de la democracia.

En medio de una verdadera manifestación de entusiasmo y a los gritos de ¡Viva el diputado del pueblo! lanzados por comunistas, y por no comunistas, comienza su discurso Manuel Mora.

Empieza por hacer una manifestación de protesta por las provocaciones hechas a los obreros durante el desfile y elogia la conducta de los trabajadores que disciplinadamente demostraron que el pueblo de Costa Rica no tiene temores cuando se trata de hacer uso de sus legítimos derechos y de sus libertades.

Expone que el momento que vive el país es difícil y que debe despertar la vigilancia de todos los costarricenses amantes de las libertades. Recuerda que en la Cámara mexicana declaró que Costa Rica, manteniendo sus tradiciones de libertad, y que al hacer tal declaración honrada, no tubo en cuenta divergencias políticas con el actual gobernante. Añadió que la presión de otros países sobre el nuestro tiende a menoscabar nuestra democra-

cia y que ante tal conducta debemos responder con la unión de todos los sectores libres del país para que nuestra democracia se mantenga firme, y se amplíe. «Se me quiere arrebatar la curul que me ha dado el pueblo, continúa, yo no tengo miedo de perderla y en esta lucha por nuestra democracia y por los intereses del pueblo, con despojarme de mi puesto de diputado, poco logran mis enemigos, porque para luchar por el pueblo de Costa Rica, tanto puedo hacerlo dentro, como fuera del Congreso. Con una oleada de calumnias se pretende desfigurar nuestro movimiento ante el pueblo; nuestro movimiento es el de la juventud sana de Costa Rica. Luchamos porque tengamos libertad de pensamiento, no de un pequeño grupo, sino un pueblo; porque el peón humilde tenga en realidad tantos derechos cívicos como el poderoso patrón a quien hoy sirve; luchamos porque el suelo tan rico en que vivimos, tenga una agricultura próspera y mantenga una población de hombres dignos y felices y no a una hueste de miserables sin porvenir.

Luego en frases vigorosas combate la politiquería y dice que ya es hora de reaccionar contra esos sistemas que hacen las curules accesibles a gentes que ponen por sobre los intereses de la colectividad, los suyos propios. Termina diciendo que en nombre de los trabajadores allí reunidos y en el de todos los trabajadores antifascistas del país y en el de los hombres honrados del país, alza su voz de protesta por los crímenes que Hitler y Mussolini están cometiendo en España; y al mismo tiempo protesta por el despojo de que ha sido objeto, el Partido Comunista, al arrebatarle mediante un fraude electoral escandaloso, la curul de su diputado electo, el compañero Sáenz.

Los manifestantes ovacionaron a Mora. Se oían voces pidiendo que hablara Luis Carballo, pero con el discurso de Mora se dió fin al mitin. La multitud se esparció con toda tranquilidad y los curiosos se estacionaron todavía media hora más para presenciar el desfile de la fuerza armada que llamaba la atención por su número al dirigirse a sus cuarteles y que contrastaba muy deslucidamente comparada con las filas de obreros de un país pacífico que acababan de reunirse, para exponer sus ideas, y para decirle al gobernante con razones, cuáles son sus problemas, los de su pueblo, y cuáles sus ideales de un futuro mejor.